

Granada 1936: Muerte al amanecer

Francisco Viguera Roldán

Asociación Granadina para la Recuperación de la Memoria Histórica

Cada vez que paso por la tapia del cementerio me invade una sensación de impotencia, dolor y rabia. El viejo muro aún conserva la huella de los fusilamientos. Impactos de bala que segaron la vida de más de dos mil granadinos, en aquel episodio infame de la Guerra Civil. Sólo en el mes de agosto de 1936 fueron ejecutadas en ese muro 572 personas. De no ser por investigadores como Brenan, Penón o Gibson, que han documentado con rigor este capítulo de nuestra historia reciente, las generaciones actuales no acabarían de creerse lo que ocurrió en el camposanto granadino, junto a la colina de la Alambra.

Gerald Brenan inició la investigación en el año 1949, con riesgo para su propia vida, ya que, por entonces, los pistoleros de Valdés, de Ruiz Alonso y de Rosales aún estaban envalentonados. Nunca podremos agradecer al hispanista británico todo lo que hizo. Algunos testigos tuvieron la valentía de describirle el retumbar nocturno de los camiones carretera arriba hacia el cementerio y luego, el tabletear de las ráfagas: “Cada mañana – escucha Brenan de boca de sus confidentes –, las viudas y las madres de la gente que había sido arrastrada subían a la colina en busca de los cuerpos de sus hombres. Yacían allí a montones, tal como habían caído, hasta que ya entrado el día eran enviadas partidas de falangistas para enterrarlos. Puesto que el trabajo de enterrar a tantos cuerpos era considerable, eran metidos en someras cavidades de las que a menudo emergían sus manos o sus pies. Algunos eran muchachos y chicas que no habían cumplido los 20 años”.

Si el testimonio recogido por Brenan resulta estremecedor, no lo es menos el que aporta Ian Gibson, que estuvo en la tapia del cementerio en 1965, siguiendo los pasos de don Geraldo. Buscaba la fosa de Federico García Lorca y encontró una masacre de proporciones dantescas. Los ecos de las descargas, dijeron varios testigos a Gibson, se podían oír por toda Granada en el silencio del amanecer. El hispanista irlandés nos ofrece el relato de la escritora norteamericana Helen Nicholson, que daba clases de inglés en la Universidad de Granada cuando estalló la guerra. Lo que describe Nicholson en su libro “Death in the morning” (Muerte al amanecer) es muy revelador. A pesar de declararse anticomunista y simpatizante de Franco, confesó sentirse impresionada por los ruidos que penetraban en el Hotel Washington Irving, donde tenía su residencia: “Alrededor de las dos me despertó el ruido de un camión y varios automóviles que subían por la colina hasta el cementerio, y poco después oí una descarga de fusilería, y luego los vehículos que regresaban. Todos estos ruidos llegaron a serme demasiado familiares, y se repetían con tal regularidad que llegué a sentir un verdadero terror durante las primeras horas de la madrugada”. Pero su relato no acaba ahí. Llega a contarnos la anécdota más espeluznante de esta triste historia: “El guardián del cementerio, que tenía una pequeña familia de 23 niños, nada menos, rogó a mi yerno que le encontrara un sitio donde poder llevar a su mujer y a los doce hijos más pequeños, que vivían aún con ellos. La casa junto al camposanto donde vivían se había convertido en un infierno intolerable. No podía evitar el escuchar las detonaciones todas las mañanas, y, a veces, otros lúgubres ruidos que las acompañaban – los gritos y lamentos de los agonizantes – que hacían de sus vidas una pesadilla”. Pero el testimonio

más sobrecogedor es el de otro simpatizante franquista que se jactaba de presenciar las ejecuciones. Gibson lo cuenta así: Un hombre me dijo, con toda tranquilidad y sin darse la menor cuenta de la emoción que me producían sus palabras, que había llevado a sus hijos pequeños varias veces al cementerio para que vieran “cómo pagaban sus crímenes los enemigos de España”.

Al parecer, el crimen cometido por el pediatra Rafael García Duarte fue curar gratuitamente las enfermedades de los niños pobres. El horrendo crimen de un pastor protestante fue abrir una escuela para enseñar a leer y a escribir a los niños de la Cuesta de Gómez. Y el grave delito de Salvador Vila, personaje recuperado por Mercedes del Amo, ser un magnífico rector de la Universidad de Granada. Más de 2.000 personas fueron fusiladas, sin contemplaciones, en la tapia del cementerio. En el caso del periodista Constantino Ruiz Carnero, director de El Defensor de Granada, con saña y alevosía. Cuenta Agustín Penón en su libro “Miedo, olvido y fantasía”, editado por Marta Osorio, que a Ruiz Carnero lo subieron al cementerio en un camión junto a otros condenados a muerte, pero murió en el camino a causa del brutal golpe que le dieron en la cabeza cuando estaba en prisión. Y a pesar de estar muerto, lo sacaron arrastrando del camión, lo ataron a un poste para que se mantuviera en pie y lo fusilaron junto a los demás.

Todo esto y más sucedió en la tapia oeste del cementerio municipal, la que da al Cerro del Sol, en el Llano de la Perdiz. Y, sin embargo, 68 años después, ninguna placa o monolito recuerda a estas víctimas del franquismo en una ciudad que todavía exhibe simbología fascista en sus calles más céntricas. El que fuera alcalde de Granada, Gabriel Díaz Berbel, borró parte de nuestra memoria histórica, tapando los impactos de bala de otro muro que corre paralelo al crematorio, donde los franquistas también fusilaban. Ya sólo nos queda la última tapia para colocar una placa conmemorativa que recuerde la muerte injusta de 2.137 granadinos.

Publicado en Ideal, 13 de agosto de 2004)